

OBRAS COMPLETAS

DEL CONDE

JAVIER DE MAISTRE

VIAJE AL REDEDOR DE MI CUARTO

CAPÍTULO PRIMERO

¡Cuán glorioso es trazar un nuevo camino y presentarse de repente ante el mundo sabio, con un libro de descubrimientos en la mano, como cometa inesperado que irradia en el espacio!

No, yo no quiero conservar por más tiempo mi libro *in petto*; ¡aquí está, caballeros, lean ustedes! Yo he emprendido y ejecutado un viaje de cuarenta y dos días al rededor de mi cuarto. Las interesantes observaciones que he hecho, el placer continuo que he experimentado á lo largo del camino, me hacen desear lanzarlo á la publicidad; la certidumbre de ser útil me ha decidido á ello. Mi corazón siente inefable placer cuand

pienso en el número infinito de desgraciados á quienes ofrezco un recurso seguro contra el aburrimiento y un medio de mitigar los males que padecen. La satisfacción que uno siente viajando en su cuarto está al abrigo de la turbulenta envidia de los hombres : es independiente de la fortuna.

¿Existe, en efecto, un ser tan infeliz, tan desamparado, que carezca de un cuartito donde retirarse y ocultarse á todo el mundo? He ahí, pues, en qué consisten todos los preparativos del viaje.

Estoy seguro de que todo hombre sensato, de cualquier carácter que pueda ser y cualquiera que sea su temperamento, adoptará mi sistema; avaro ó pródigo, rico ó pobre, joven ó viejo, nacido en la zona tórrida ó cerca del polo, puede viajar como yo ; en fin, en la inmensa familia de los hombres que hormigean en la superficie de la tierra, no hay uno, ni uno solo — hablo de los que habitan bajo techado — que pueda, después de haber leído este libro, negar su aprobación á la nueva manera de viajar que introduzco en el mundo.

CAPÍTULO II

Podría comenzar el elogio de mi viaje diciendo que no me ha costado nada ; este punto merece atención. Por de pronto, hele aquí aplaudido, festejado por las personas de mediana fortuna ; pero hay otra clase de

hombres entre la cual es más seguro su éxito, por la misma razón que no cuesta nada. — ¿Entre cuál? — ¿Y ustedes lo preguntan? — Pues entre la gente rica. Por otra parte, ¡qué recurso no representa esta manera de viajar para los enfermos! No tendrán nada que temer de la intemperie, ni de las estaciones. Cuanto á los pusilánimes, se verán al abrigo de ladrones; no encontrarán precipicios ni barrancos. Millares de personas que antes que yo no se habían atrevido, otras que no habían podido, otras, en fin, que no habían soñado siquiera en viajar, van á resolverse ante mi ejemplo. El ser más indolente ¿vacilaría en ponerse en camino conmigo para procurarse un placer que no le costará trabajo ni dinero?

¡Valor, pues ; partamos! ¡Seguidme, vosotros los que por una mortificación del amor, por una negligencia de la amistad, os halláis retenidos en vuestro cuarto lejos de la pequeñez y de la perfidia de los hombres! ¡Que todos los desgraciados, los enfermos y los aburridos del universo me sigan! ¡Que todos los perezosos se levanten en *masa*!

Y vosotros los que meditáis en vuestro espíritu propósitos siniestros de reforma ó de retiro por cualquier infidelidad ; vosotros que, esclavos en elegante y femenino retrete, renunciáis al mundo por toda la vida, amables anacoretas de una tertulia, venid también ; abandonad, creedme, esas negras ideas ; perdéis un instante por el placer, sin ganar uno solo por la sabiduría ; dignaos acompañarme en mi viaje ; marcharemos á cortas jornadas, riendo durante el camino de los viajeros que han

visto á Roma y París. Ningún obstáculo podrá detenernos; y, entregándonos alegremente á la imaginación, la seguiremos por donde le plazca conducirnos.

CAPÍTULO III

¡Hay tantas personas curiosas en el mundo!

Estoy persuadido de que quisiera saberse por qué el viaje al rededor de mi cuarto ha durado cuarenta y dos días, en vez de cuarenta y tres, ó de cualquier otro espacio de tiempo; pero ¿cómo lo diré al lector, si yo mismo lo ignoro?

Todo lo que puedo asegurar es que, si la obra les parece demasiado larga, no ha dependido de mí hacerla más corta; vanidad de viajero á un lado, yo me hubiera contentado con un capítulo. Es verdad que estaba en mi habitación con todo el placer y la comodidad posibles; pero ¡ay! no era dueño de salir de ella á mi voluntad; y aun creo que sin la intervención de ciertas personas poderosas que se interesaban por mí, y para las cuales he de conservar siempre agradecimiento, hubiera tenido tiempo para dar á luz un *infolio*, tan dispuestos estaban en mi favor los protectores que me hacían viajar en mi cuarto.

Y, sin embargo, lector razonable, ve cuán poca razón tenían estos hombres, y entérate bien, si puedes, de la lógica que voy á exponer.

¿Hay nada más natural y justo que ir á estocadas con cualquiera que os pise el pie por inadvertencia, ó que deja escapar alguna palabra malsonante en un momento de despecho, del que vuestra imprudencia es la causa, ó que tiene, en fin, la desgracia de gustar á vuestra querida?

Se va á un prado, y allí, como Nicole hacía con el burgués caballero, se prueba de tirar una cuarta mientras el otro para en tercera; y á fin de que la venganza sea segura y completa, se le presenta el pecho descubierto y se corre el riesgo de dejarse matar por su enemigo por querer vengarse de él. Ya veis que nada hay más consecuente, y, sin embargo, hay personas que desaprueban esta laudable costumbre. Pero lo que es más lógico que todo lo demás, es que esas mismas personas que la desaprueban y que quieren que se la mire como una falta grave, tratarían todavía peor al que se negara á comerla. Más de un desgraciado, por conformarse á tal consejo, ha perdido su reputación y su empleo; de suerte, que cuando se tiene la desgracia de tener lo que se llama *un lance*, no se haría mal en echar suertes para saber si se debe terminar aquél según las leyes ó según la costumbre, y como la costumbre y las leyes son contradictorias, los jueces podrían también jugar á cara ó cruz su sentencia. Y probablemente también habría que recurrir á una decisión de este género, para explicar por qué y de qué manera mi viaje ha durado precisamente cuarenta y dos días.

CAPÍTULO IV

Mi habitación está situada á los 43° grados de latitud, según la medida del padre Beccaria; su dirección es de levante á poniente; forma un cuadrilongo que tiene treinta y seis pasos de contorno midiéndolo en la misma pared. Mi viaje será, sin embargo, más extenso, porque yo la atravesaré á menudo á la largo y á lo ancho, ó bien diagonalmente, sin sujetarme á regla ni método. También haré zizás y recorreré todas las líneas que son posibles en geometría, si la necesidad lo exige. No me gustan las personas que son tan dueñas de sus pasos y de sus ideas, que dicen: *Hoy haré tres visitas, escribiré cuatro cartas y terminaré esta obra que he comenzado.* ¡Mi alma está de tal modo abierta á toda clase de ideas, de gustos y de sentimientos; recibe tan ávidamente todo lo que se presenta!... ¿Y por qué habría de rehusar los goces esparcidos por el camino difícil de la vida? Son tan raros, tan excepcionales, que es preciso estar loco para no detenerse, y aun para desviarse de su camino, á fin de recoger todos los que están á nuestro alcance. Ninguno hay tan atractivo para mí como el de seguir las ideas á la pista como el cazador persigue la caza, sin afectar que se sigue ningún camino. Así es que, cuando viajo en mi cuarto, rara vez recorro una línea recta: voy de la mesa á un cuadro colocado en un

rincón; de allí, parto oblicuamente para ir á la puerta; pero aunque mi intención sea llegar á ella, si encuentro mi butaca en el camino, dejo de lado todo melindre y me apresuro á sentarme.

¡Qué excelente mueble es una butaca! Sobre todo es de la mayor utilidad para un hombre meditabundo. En las largas veladas de invierno, es á veces dulce y siempre prudente extenderse muellemente en él, lejos del barullo de las reuniones numerosas.

Un buen fuego, libros, plumas... ¡cuántos recursos contra el aburrimiento! ¡Y qué placer también, olvidar sus plumas y sus libros para atizar el fuego, entregándose á cualquier dulce meditación, ó combinando algunas rimas para alegrar á los amigos! ¡Las horas se deslizan entonces sobre vosotros y caen en silencio en la eternidad, sin haceros sentir su triste paso!

CAPÍTULO V

Después de mi butaca, marchando hacia el norte, se descubre mi cama, que está situada en el fondo de mi cuarto y que presenta la más agradable perspectiva. Está colocada de la manera más acertada; los primeros rayos del sol vienen á jugar con mis cortinas.

Los veo, en los hermosos días de verano, avanzar á lo largo de la pared blanca, á medida que el sol se ele-

va : los olmos que hay delante de mi ventana los dividen de mil maneras, y les hacen oscilar sobre mi cama, color rosa y blanco, que esparce por todos lados un tinte encantador gracias á su reflexión. Oigo los confusos chillidos de las golondrinas que tienen su nido en el techo de la casa, y de otros pájaros que viven en los olmos; entonces mil ideas risueñas brotan de mi espíritu, y en el universo entero nadie tiene un despertar tan agradable, tan apacible como el mío.

Confieso que me gusta disfrutar de esos dulces instantes, y prolongo siempre, tanto como me es posible, el placer que encuentro en meditar al dulce calor de mi cama. ¿Hay algún teatro que dé más pasto á la imaginación, y despierte más tiernas ideas, que el mueble en que me olvido á veces hasta de mí mismo?

Lector modesto, no te escandalices; pero ¿no podré hablar de la dicha de un amante que estrecha por vez primera en sus brazos á una esposa virtuosa? ¡Placer inefable que mi adverso destino me condena á no gozar jamás! ¿No es en un lecho donde una madre, embriagada de alegría por el nacimiento de un hijo, olvida sus dolores? Allí es donde los placeres fantásticos, fruto de la imaginación y de la esperanza, vienen á agitarnos. En fin, en ese mueble delicioso es donde olvidamos, durante una mitad de la vida, las penas de la otra mitad. Pero ¡qué tropel de pensamientos agradables y tristes á la vez bulle en mi cerebro! ¡Mezcla extraña de situaciones terribles y deliciosas!

Un lecho nos ve nacer y nos ve morir; es el teatro variable donde el género humano desempeña alternati-

vamente dramas interesantes, farsas ridículas y espantosas tragedias.

Es una cuna guarnecida de flores, es el trono del amor, es un sepulcro.

CAPÍTULO VI

Este capítulo está destinado exclusivamente á los metafísicos. Va á arrojar la mayor claridad sobre la naturaleza del hombre : es el prisma con el cual se podrá analizar y descomponer las facultades humanas, separando el poder animal de los rayos puros de la inteligencia. Me sería imposible explicar cómo y por qué me quemé los dedos á los primeros pasos que di al comenzar mi viaje, sin explicar antes detalladamente al lector mi sistema *del alma y de la bestia*. Por otra parte, este descubrimiento metafísico influye de tal modo sobre mis ideas y mis acciones, que sería muy difícil comprender este libro si no diera la clave del mismo desde el principio.

He advertido, por diferentes observaciones, que el hombre está compuesto de un alma y una bestia. Estos dos seres son absolutamente distintos, pero de tal manera encajados uno en otro, ó uno sobre otro, que es preciso que el alma tenga cierta superioridad sobre la bestia para ponerse en estado de hacer visible tal distinción.

He oído á un viejo profesor (es lo más antiguo que

recuerdo) que Platón llamaba á la materia *la otra*. Está muy bien; pero yo preferiría dar este nombre por excelencia á la bestia que está unida á nuestra alma. Es realmente aquella substancia *la otra*, que nos inquieta de una manera tan extraña. Bien se distingue en conjunto que el hombre es doble; pero es, según dicen, porque está compuesto de un alma y un cuerpo; y no sé de cuántas cosas culpan á este cuerpo, sin razón seguramente, porque es tan incapaz de sentir como de pensar. Es preciso recurrir á la bestia, á ese ser sensible perfectamente distinto del alma, verdadero *individuo* que tiene su existencia separada, sus gustos, sus inclinaciones, su voluntad, y que no está colocado sobre los otros animales sino por estar mejor educado y provisto de órganos más perfectos.

Señores y señoras: ¡estad tan orgullosos como queráis de vuestra inteligencia; pero desconfiad mucho de *la otra*, sobre todo cuando estéis juntos!

Yo he hecho no sé cuántos experimentos acerca de la unión de esas dos criaturas heterogéneas. He reconocido, por ejemplo, claramente que el alma puede hacerse obedecer por la bestia, y que, por un cambio desagradable, ésta obliga muy á menudo al alma á obrar contra su gusto. En ciertos términos, una tiene el poder legislativo, la otra el poder ejecutivo; pero estos dos poderes se contrarían con frecuencia. El gran arte de un hombre de genio consiste en saber educar bien á su bestia, á fin de que pueda ir sola, mientras que el alma, libre de ese terrible maridaje, pueda elevarse hasta el cielo.

Pero es preciso aclarar esto con un ejemplo.

Cuando leéis un libro, caballeros, y una idea más agradable entra de repente en vuestra imaginación, vuestra alma se va tras la idea y olvida el libro, mientras los ojos siguen maquinalmente las palabras y las líneas. Acabáis la página sin comprenderla y sin acordaros de lo que habéis leído. Esto procede de que vuestra alma, habiendo ordenado á su compañera que le haga la lectura, no le ha advertido que se iba á ausentar brevemente; de suerte que *la otra* continuaba la lectura que vuestra alma ya no escuchaba.

CAPÍTULO VII

¿No os parece esto claro? Ahí va otro ejemplo.

Un día del verano pasado salí para ir á la corte. Había estado pintando toda la mañana, y mi alma, meditando acerca de la pintura, dejó á la bestia el cuidado de transportarme al palacio del rey.

¡Qué arte tan sublime es la pintura! pensaba mi alma. Dichoso aquel á quien ha emocionado el espectáculo de la naturaleza, que no se ve obligado á hacer cuadros para vivir, que no pinta únicamente por pasatiempo, sino que, asombrado ante la majestad de una bella fisonomía y de los juegos admirables de la luz al fundirse en mil tonos sobre el rostro humano, procura imitar en sus obras los efectos sublimes de la naturaleza.

Dichoso aún el pintor á quien el amor al paisaje arrastra á solitarios paseos, que sabe expresar sobre el lienzo el sentimiento de tristeza que le inspiran un bosque sombrío ó una campiña desierta. Sus producciones imitan y reproducen la naturaleza; crea mares nuevos y negras cavernas desconocidas para el sol; á su orden, verdes frondas surgen de la nada, el azul del cielo se refleja en sus cuadros; conoce el arte de enrarecer el aire y hacer mugir las tormentas. Otras veces ofrece á las miradas del espectador asombrado las deliciosas campiñas de la antigua Sicilia: vese á las ninfas asustadas huyendo, á través de los matorrales, de la persecución de un sátiro; templos de majestuosa arquitectura alzan su frente soberbia por encima del bosque sagrado que les rodea: la imaginación se pierde en las alamedas silenciosas de ese país ideal; azuladas lontananzas se confunden con el cielo, y el paisaje entero, reflejándose en las aguas de un sosegado río, forma un espectáculo que ninguna lengua puede describir.

Mientras mi alma estaba haciendo estas reflexiones, *la otra* caminaba y sabe Dios adónde iba. En vez de dirigirse á la corte, según la orden que había recibido, se inclinó de tal modo hacia la izquierda, que en el momento en que mi alma la alcanzó estaba á la puerta del palacio de la señora de Hautcastel. ¡Á media milla del palacio real!

¡Dejo á la consideración del lector pensar lo que hubiera ocurrido, si acierta á entrar sola en casa de tan hermosa señora!

CAPÍTULO VIII

Si es útil y agradable tener un alma desasida de la materia hasta el punto de hacerla viajar completamente sola cuando uno lo juzga á propósito, esta facultad tiene también sus inconvenientes. Á ella, por ejemplo, debo la quemadura de que he hablado en capítulos precedentes.

Yo dejo ordinariamente á mi bestia el cuidado de los preparativos de mi desayuno: ella es quien tuesta mi pan y lo corta en rebanadas. Ella hace á maravilla el café y muy á menudo también lo toma, sin que mi alma se mezcle en ello para nada, á no ser para divertirse viéndola trabajar; pero esto es raro y muy difícil de ejecutar, porque es cómodo, cuando hacemos alguna operación mecánica, pensar en cualquier otra cosa: pero es extremadamente difícil *mirarnos* obrar, por decirlo así, ó, para explicarme según mi sistema, emplear el alma en examinar la marcha de la bestia y verla trabajar sin tomar en ello parte. He aquí el más asombroso esfuerzo metafísico que pueda ejecutar el hombre.

Había acercado las tenacillas á la lumbre para tostar mi pan; y algún tiempo después, mientras mi alma viajaba, he aquí que un ascua inflamada rueda sobre el hogar; mi pobre bestia alargó la mano á las tenazas, y me quemé los dedos.

CAPÍTULO IX

Creo haber desarrollado suficientemente mis ideas en los capítulos precedentes para dar qué pensar al lector y ponerle en estado de hacer descubrimientos en esta magnífica senda : no podrá menos de sentirse satisfecho de sí mismo si logra algún día saber hacer viajar sola á su alma. Los placeres que esta facultad le procurará, contrarrestarán sobradamente los *quid pro quo* que pueden resultarle.

¿Hay goce más halagüeño que el de dilatar así su existencia, de ocupar á la vez el cielo y la tierra, y de duplicar, por decirlo así, su propio ser?

El deseo eterno y jamás satisfecho del hombre, ¿no es el de aumentar su poder y sus facultades, de querer estar donde no está, de recordar el pasado y vivir en el porvenir? Quiere mandar los ejércitos, presidir las academias; quiere ser adorado de las bellas, y si posee todo esto, echa entonces de menos el campo y su tranquilidad, y envidia la choza de los pastores : sus proyectos, sus esperanzas chocan sin cesar contra las desgracias positivas que son inherentes á la naturaleza humana; no sabe encontrar la felicidad. Un cuarto de hora de viaje conmigo le mostrará el camino que á ella conduce.

¡Bah! Deja á *la otra* esos miserables cuidados, esa

ambición que le atormenta. ¡Ven, pobre desgraciado! Haz un esfuerzo por romper tu cárcel, y desde lo alto del cielo adonde voy á conducirte, del medio de los orbes celestes y del Empíreo, contempla á la bestia lanzada al mundo recorrer sola el camino de la fortuna y de los honores; mira con qué gravedad marcha entre los hombres; la multitud se aparta con respeto, y, créeme, nadie observará que va sola; lo que menos preocupa á esa muchedumbre por entre la cual se pasea, es el saber si tiene alma ó no, si piensa ó no piensa.

Mil mujeres sentimentales la amarán con furor sin advertirlo; hasta puede elevarse sin el concurso de tu alma al más alto favor y á la mayor fortuna. En fin, no me extrañará en modo alguno si, á nuestro regreso del Empíreo, tu alma, al entrar en su casa, se encuentra en la bestia de un gran señor.

CAPÍTULO X

No vaya á creerse que en vez de cumplir mi palabra haciendo la descripción de mi viaje al rededor de mi cuarto, divago para salir de apuros : se equivocarían mucho los que tal pensaran, porque mi viaje continúa realmente; y mientras que mi alma, replegándose en sí misma, recorría en el capítulo precedente los tortuosos rodeos de la metafísica, yo estaba en mi butaca, sobre la cual me había echado de suerte que sus dos pies an-

teriores estaban elevados dos pulgadas del suelo, y balanceándome á derecha é izquierda y ganando terreno, me había acercado insensiblemente á la pared.

Es la manera que tengo de viajar cuando no tengo prisa.

Una vez allí, mi mano se había apoderado maquinalmente del retrato de la señora de Hautcastel, y *la otra* se divertía quitándole el polvo de que estaba cubierto.

Esta ocupación le daba un placer tranquilo, y este placer se dejaba sentir en mi alma, aun estando, como estaba, perdida en las vastas llanuras del cielo, porque es bueno observar que cuando el espíritu viaja así por el espacio, permanece siempre relacionado con los sentidos por yo no sé qué lazo secreto, de manera que, sin distraerse de sus ocupaciones, puede tomar parte en los tranquilos goces de *la otra*; si este goce se eleva hasta cierta altura, ó si á ella la impresiona cualquier espectáculo inesperado, el alma vuelve á ocupar en seguida su puesto con la velocidad del relámpago.

Esto es lo que me sucedió mientras limpiaba el retrato.

Á medida que el trapo quitaba el polvo y hacía aparecer los rizos de rubios cabellos y la guirnalda de rosas de que están coronados, mi alma, desde el sol adonde se había transportado, sintió un ligero temblor de corazón y compartió simpáticamente el goce por este sentido. Este placer se hizo menos confuso y más vivo cuando el trapo, de una sola vez, descubrió la espléndida frente de aquella fisonomía encantadora; mi alma estuvo á punto de abandonar el cielo para gozar

del espectáculo. Pero aunque se hubiese encontrado en los Campos Eliseos y hubiese asistido á un concierto de querubines, no habría permanecido allí medio segundo, cuando su compañera, tomando siempre mayor interés en su obra, se apresuró á coger una esponja mojada que le presentaban y á pasarla de súbito sobre las cejas y los ojos, sobre la nariz, sobre la mejillas, sobre aquella boca... (¡Ah! ¡Dios mío! ¡Cómo late el corazón!) sobre la barba, sobre el pecho: fué asunto de un instante; toda la figura pareció renacer y salir de la nada.

Mi alma se precipitó del cielo como una estrella desprendida del firmamento; encontró á *la otra* en delicioso éxtasis, que vino ella á aumentar compartiéndolo. Esta situación singular é imprevista hizo desaparecer para mí el tiempo y el espacio. Existí por un instante en el pasado, y sentíme rejuvenecido, en contraposición al orden de la naturaleza.

Sí; he aquí á la mujer adorada; es ella misma, la veo que sonríe: va á hablar para decirme que me ama. ¡Qué mirada! ¡Ven, á que te estreche contra mi corazón, alma de mi vida, mi segunda existencia! ¡Ven á compartir mi delirio y mi dicha!

Este momento fué corto, pero deliciosísimo: la fría razón recobró bien pronto su imperio, y en el espacio de un abrir y cerrar de ojos envejecí de un año entero. Mi corazón quedó frío, helado, y me encontré al nivel de la multitud de indiferentes que pesan sobre el globo.

PÍTULO XI

No hay que anticiparse en los sucesos. La prisa de comunicar á los lectores mi sistema del alma y la bestia me ha hecho abandonar la descripción de mi cama más pronto de lo que debía; cuando la haya terminado, volveré á emprender mi viaje á partir del sitio en que lo he interrumpido en el capítulo precedente.

Os ruego solamente que os acordéis que hemos dejado á *la mitad de mi mismo* contemplando el retrato de la señora de Hautcastel, cerca de la pared, á cuatro pasos de mi mesa de despacho.

Había olvidado, al hablar de mi lecho, aconsejar á todo hombre que pueda, que tenga una cama color de rosa y blanco: es positivo que los colores influyen sobre nosotros hasta el punto de alegrarnos ó entristecernos según sus tonos. El rosa y el blanco son dos colores consagrados al placer y á la felicidad. La naturaleza, al darlos á la rosa, le ha dado la corona del imperio de Flora; y cuando el cielo quiere anunciar un hermoso día al mundo, colora las nubes de ese tinte encantador á la salida del sol.

Un día subíamos con pena á lo largo de un rápido sendero; la amable Rosalía iba delante; su agilidad le daba alas, y nosotros no podíamos seguirla. De súbito, al llegar á la cumbre de una colina, se volvió hacia nos-

otros para tomar aliento, y sonrió al ver la lentitud con que subíamos. Quizá nunca los dos colores de que he hecho el elogio obtuvieron mayor triunfo. Sus mejillas inflamadas, sus labios de coral, sus brillantes dientes, su cuello de alabastro, todo esto sobre un fondo de verdura, atraían todas las miradas. Fué preciso detenernos para contemplarla: nada digo de sus ojos azules ni de la mirada que lanzó sobre nosotros, porque me saldría de mi objeto y, por otra parte, porque no pienso en ello sino lo menos que me es posible. Me basta con haber dado el más bello ejemplo imaginable de la superioridad de aquellos dos colores sobre todos los demás, y de su influencia sobre la dicha de los hombres.

No iré hoy más adelante. ¿Qué objeto podría tratar que no fuera insípido? ¿Qué idea no se borra ante esta idea? Ni siquiera sé cuándo podré volver á mi trabajo. Si lo continúo y el lector desea ver el fin, diríjase al ángel que distribuye los pensamientos y ruéguele que no mezcle la imagen de esa colina entre el tropel de pensamientos dispersos que me arroja á cada instante.

Sin esta precaución, adiós mi viaje.

CAPÍTULO XII

.

 la colina